

ción Pública, debían publicarse en los “Anales de la Universidad”; y el Consejo, todo, estuvo conforme en que se cumpla dicha disposición.

El Secretario,

*Carlos Pérez Quiñones.*

## BOLETIN UNIVERSITARIO.

### DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR DON

HONORATO VÁZQUEZ,

CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL CURSO ESCOLAR DE 1888 Á 1889.

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

*Señores:*

Me ha favorecido la Junta Administrativa de esta Universidad encomendándome el discurso de apertura del presente curso escolar; estoy, pues, en medio de vosotros,—unos, que reposáis serenos en el sitio de los vencedores;—otros, que estáis en la arena, y de allí tendéis la mirada hacia adelante, alegres porque la vida se os brinda como un presentimiento, confiados porque sentís vigor en el espíritu, emprendedores en fin, porque estáis en lo pleno de la juventud.

Los vencedores me envían á vosotros para que os hable en su nombre. Héme aquí: recibidme en consideración á ellos, y aunque no tenga mi palabra autoridad ninguna por sí, viene resguardada por el prestigio de mis comitentes, y brota, como palabra de amigo,—sincera, confidente, porque es para vosotros, amigos míos.

Una oculta simpatía me lleva á vosotros ¿sabéis cómo? Con el impulso de la esperanza; y vosotros, perpetuos viajeros empujados por la esperanza hacia lo futuro, conocéis que ese impulso parte del corazón. No os hablo, pues, por sólo el cumplimiento de una obligación oficial, sino porque mi palabra, fiel intérprete de mi alma, quiere ser vuestra; porque mi alma simpatiza con vosotros, esperanza de la Patria.

Afuera,—el bullicio, la agitación; el comercio, que cambia el

fruto del trabajo; la milicia que tiene en perenne holocausto la vida en aras de la Patria; la Magistratura que guarda el orden social temperando el calor de las pasiones humanas; el alma en todas partes franqueándose á las demás almas, bien en las comunicaciones de la inteligencia, ó bien en las inteligentes direcciones que imparte por medio de los agentes físicos.

Aquí dentro,—la quietud, una como abstracción de la vida social, la tranquilidad del alma recatada de ese bullicio general de una actividad que se multiplica porque ha llegado ya al centro de una labor que le estaba preparada. ¿Qué hacéis aquí en esta voluntaria clausura á que os habéis sometido?—Os prepararéis—y os prepararéis con el alma. Sea cual llegare á ser vuestra suerte, prevenís los accidentes de vuestra vida con la cultura del espíritu; comprendéis que la vida es sociedad de inteligencias, y así consagrais los albores de vuestra juventud á la cultura del espíritu.

Esta es vuestra obra:—la disciplina de la inteligencia, y de ella quiero hablaros en estos momentos en que os veo congregados delante de vuestros profesores, como soldados delante de sus jefes; en que os veo aislados de la sociedad, como está la división de reserva, respecto de la vanguardia que batalla.

Abrís vuestro libro de estudio, y, olvidados de lo demás, os consagrais á devorar sus páginas, á guardar en la memoria las nociones que adquirís, á interesar á vuestras facultades afectivas en guardar el tesoro descubierto.

¿Qué ha ocurrido entre vosotros y ese libro, que así os veo serenar con gravedad ese semblante joven halagado por la risa, abstraeros en meditación, apagar el relampagueo de vuestras pupilas y reconcentrar su fuego á lo íntimo de vuestras contemplaciones? Es que una alma ha atraído á otra alma; es que de esas páginas silenciosas y muertas ha surgido el poder de una inteligencia que pasó, pero que dejó huellas en esos caracteres que, más que signos, son revelaciones del alma. Os habéis comprendido, vosotros que buscáis y esa alma que os muestra lo encontrado en sus investigaciones.

Pero en ese encuentro ¿os dáis cuenta de las labores prolijas que representan esos caracteres trazados en vuestro libro de estudio?

Esos rasgos significan abstracción de las vulgaridades de la vida, doble sacrificio de una alma en el retraimiento de la inteligencia y en el del corazón, para arrastrarlos á las investigaciones de la verdad. Vuestro libro de estudio, debe ser pues, vuestro primer maestro, no tanto en la ciencia técnica que os da, como en la ciencia moral que os predica en cuanto á la disciplina de vuestra inteligencia.

Para elaborarlo hubo procedimientos que se ignoran, pero que fueron fruto de privaciones, por una parte, de perseverancia

por otra; y entre todo ello, el alma estuvo consagrada á trabajos que no podían llegar al término ambicionado sino mediante el sometimiento á una especie de higiene, preservadora como tal, y cooperadora para la eficacia de la acción.

El alma, nacida para la verdad, vive investigándola. No preguntéis cuál sea esta verdad: en una ú otra forma, más ó menos velada por el sofisma,—en último término, el blanco de ese viaje constante de las facultades espirituales, es la verdad, que se traduce por conocimiento de la inteligencia y amor de la voluntad.

Hasta encontrarla, el procedimiento de su invención es laborioso: con viajes de exploración, avances, retrocesos, extravíos en los cuales, sólo un ánimo perseverante puede sostener los desfallecimientos del espíritu que peregrina en pos de la verdad. Esa perseverancia del espíritu, ese recogimiento de sus facultades para impulsarlas en un sentido calculado,—constituyen el orden,—condición indispensable para las operaciones del entendimiento.

El orden no es sólo la disposición que, en conformidad con un sistema, observan las operaciones de la inteligencia; no es un capítulo de Lógica aplicada técnicamente. Antes que todo esto, el orden es la armonía de las facultades humanas. Hagamos esta armonía dentro de nosotros mismos, y estará creado el orden de nuestra vida de estudio, orden que subsistirá á despecho de causas extrañas que pretendan turbarlo. No las temamos;—mientras subsista esa armonía del espíritu, somos poderosos para avanzar en la vía progresiva de nuestro perfeccionamiento intelectual.

¿En qué consiste aquella armonía?

Bonald completaba de este modo el pensamiento de un moralista:—“Los grandes pensamientos vienen del corazón,— ha dicho Vauvenargues.—Esta máxima es incompleta, añade; pues “debía haber agregado:—“las grandes y legítimas afecciones vienen de la razón.”

Como veis, el sabio filósofo, equilibra la dualidad del pensamiento y del afecto mediante su mutua compenetración.—Exceso de afecto, enmollecimiento del espíritu: exceso de razón, aridez de las facultades afectivas: el puro afecto, parálisis de la inteligencia;—el puro razonamiento, aridez de la vida social.—Es menester que el corazón y el entendimiento se auxilien y coexistan y aparezcan en tranquila unidad en el alma como el calor y la luz reverberan simultáneos al través de los diáfanos cristales de una lámpara.

Por esto, la disciplina del espíritu comprende la del corazón y la del entendimiento.—Con frecuencia nos quejamos de la ineficacia de los conocimientos humanos, de la inutilidad de los sistemas de enseñanza, y hasta acabamos por maldecir la cultura intelectual como germen de tormentos ocultos que va apurando el alma á medida que más descubrimientos hace en el terreno de las investigaciones mentales. El secreto de estas desiluciones está en que hemos desequilibrado la armonía de nuestra alma, en que hemos hastiado á la inteligencia con el estudio; y hemos dejado al

corazón, olvidado, inculto, dueño de afecciones sin gobierno y contradictorias con la ilustración de aquella.

Inteligencia culta pide corazón culto; inteligencia que sube al cielo en pos de la verdad, necesita que el corazón vaya tras ella, á calentarse en torno al foco que es luz para el conocimiento como calor para el afecto.

Empezad por la disciplina del corazón, y aunque no sean brillantes vuestros triunfos intelectuales, tendreis á lo ménos aprendida la media ciencia de la vida.

Lo primero que tenemos que hacer para este aprendizaje es depurar nuestros afectos. Los llevamos activos, espontáneos, pero si no nos curamos de gobernarlos, seremos bien influidos de tal manera, que los avisos de la inteligencia no bastarán para contrarrestarlos. No quiero por esto que los ahogemos; pretenderlo, sería proponerse desbaratar la obra de Dios. Amor é inteligencia, así brotamos de Dios; amor é inteligencia, vagamos por la vida; amor é inteligencia nos despedimos de ella con la última lágrima en que se funden el dolor de la despedida, y la incertidumbre de lo advenidero para la inteligencia y ese corazón cuyo mayor tormento sería conocer mucho y no poder amarlo.

Depurar el afecto es robustecerlo, porque así se lo reconcentra y avigora. No debo ocultaros que para la depuración es necesario un tanto el aislamiento del corazón.

Duro es esto para la juventud, pero necesario, si quiere lanzarse fuerte á las conquistas del porvenir; pues tanto se pierde en fortaleza cuanto el alma se entrega ciega á prodigalidades de afecciones: hay una especie de desgaste espiritual en esa imprudente generosidad de simpatías, y atraída el alma por las lisonjeras sugerencias de la vida afectiva, halla ingratas y áridas las especulaciones con que el entendimiento se adelanta á presentir que la verdad está lejos de estas contingencias queridas por el corazón.

Depurar el afecto es, además, prepararlo, robustecerlo para cuando un día requieran su plenitud las grandes empresas de la vida. Ese día llega, y ay del corazón que se encuentra árido! La inteligencia habrá perdido su auxiliar, la actividad de la vida estará truncada y se repetirá lo de Byron: "Huir de mí mismo, he aquí lo único que me propongo al borrajear papel y echarlo á los vientos de la publicidad"—estéril y misantrópica ocupación de una alma enfermada por torbellinos de afectos desgobernados, de esos afectos para cuya nobleza quería Bonald que partiesen de la razón, no como un sentimiento-cálculo, sino como un sentimiento consciente, fortificado por la convicción de su propia valía, sentimiento vencedor, nunca vencido, en las luchas de la vida.

Mas, esa reconcentración preservadora del corazón necesita sus compensaciones, y os las brindará sobradas aquel estado de continuo esperar que caracteriza á la juventud.

¿Qué esperamos cuando jóvenes? No podríamos precisar la respuesta, pero esperamos mucho. Somos una especie de agore-

ros que nos adulamos con presentimientos embriagadores: hay regiones de luz delante de nuestra fantasía, firmamentos sin límites para el vuelo, astros desconocidos que saldrán á nuestro paso, música de armonía inefable, una segunda creación que acudirá con toda su magnificencia á la soñada esfera en que terminaremos nuestra bienhadada peregrinación. Esto soñamos, sentados en un banco de colegio, en las treguas que damos á la lección diaria; esto soñais todavía vosotros, amigos míos. Pensáis en lo por-venir, os halaga su presentimiento, y aunque no podais precisar vuestra biografía de mañana, ya os enorgulleceis con ella: haceis bien, el porvenir es vuestro: haceis bien, sois dueños de vuestra propia suerte; podéis ser en estos días los creadores, no sólo de vuestra historia individual, sino de una honrosa historia de la Patria.

Bien haceis en esperar: juventud sin esperanzas, sería la paralización de la historia. Si no esperaseis, en este momento me volvería á la generación que se va, para llorar su despedida, en vez de acudir como acudo ante vosotros para saluados en nombre de vuestros profesores que, al irse, os confían el porvenir del Ecuador.

La esperanza, da aliento al corazón para empresas generosas, y viene en auxilio del alma cuando el frío cálculo la pone temerosa del mal éxito: el corazón se encarga, amigos míos, de los oficios solícitos del amor cuando el espíritu desfallece; es Eneas que combate y salva sobre los fatigados hombros al progenitor de una raza predestinada.

Mas, necesaria como es, la esperanza si no se la educa puede malograr su bienhechora influencia. La buena esperanza es la que aguarda paciente, la que no se deja vencer por la lisonja de efímeros triunfos, la que no precipita la salida al campo de acción antes de haber fortificado la voluntad.— “Saber esperar, decía de Maistre,—he aquí el secreto del buen éxito”:—y el genio mismo ¿qué es? Contéstelo Buffon:— “El genio es la paciencia.”

Cada día de espera es un grado más de fortaleza, al propio tiempo que es un paso menos de los que tenemos de dar para acercarnos al término.

Depuración del afecto, esperanza, aliento.—Ya tiene la inteligencia auxiliares poderosos ¿Le bastará esto sólo?

De ninguna manera.

Parto ya de que á la elección que hicisteis de vuestra profesión ha presidido el espíritu ilustrado y justo que debe presidirla. Si bien al elegir vuestra carrera hicisteis uso de un derecho, no olvidasteis que preparabais vuestros deberes.

Visteis los elementos de que ibais á disponer, los apropiasteis con espíritu libre, y trazado de antemano el sendero por donde iríais, entró en vuestra determinación el cumplimiento de los deberes que ella implicaba. Sabeis que la sociedad que os ha franqueado estas puertas, que os ha congregado aquí y que os espe-

ra mañana, tiene derechos de los que vuestra lealtad no puede defraudarle. Nadie os tomará cuenta aquí de vuestra infidelidad: no hay código que legisle sobre la nobleza é hidalguía del alma. Pero ahí está vuestra conciencia, juez inexorable que os juzga ante vosotros mismos.

Considerándoos, pues, aleccionados con la enseñanza de estas ideas, creo que os será fácil reglar la disciplina de vuestra inteligencia.

El componente complementario que, para la armonía de la vida, se une al efecto, es el entendimiento,—guía que investiga, en tanto que el corazón le sostiene, le impulsa y da vigor. Las investigaciones de la inteligencia tienen como condiciones indispensables,—el método y la unidad.

La Lógica os enseñará los caracteres del método y los hallaréis en vuestros mismos textos, mientras me limito á ver en él, tan sólo el que se refiere á vuestros estudios particulares, á aquellos que hacéis como un descanso de las obligadas tareas escolares.

La anarquía acostumbrada en esta materia es la que desvirtúa el poder de inteligencias destinadas, de otro modo, á dar frutos que por ella se ahogan antes de sazón. Se consume sin discreción, y la producción es raquítica; se lee sin concierto, y se confunden las ideas en la inteligencia como el polvo en un rayo de luz. Fiebre de devorar superficiales lecturas y de denunciar la improvisada erudición en un rato de charla ó en un artículo de periódico, no es el mejor síntoma de una buena carrera literaria, ni lo es, en mi concepto (talvez equivocado) el empeño de acelerar la salida ante el público, con periódicos efímeros, órgano de impresiones y lecturas del momento. El periodismo en calidad de ocupación exclusiva, y como artículo de consumo en la economía de la inteligencia, es peligroso para la vida intelectual porque no la nutre: como producción exclusiva,—signo de poca fuerza de aplicación.

El empeño del enciclopedismo es otro escollo para la juventud. Edad inquieta, pocas veces es propicia para la continuación de labores exclusivas: como la vida social misma es para el joven un mosaico que se trabaja diariamente, participa de igual carácter de versatilidad la vida intelectual. El tesón de los triunfos momentáneos, nos lleva á echarnos á caza de nociones dispersas ¿Qué ganamos? El hábito de la superficialidad, y el dolor tardío que luego tendremos de haber desperdiciado en niñerías un tiempo que de nosotros habría hecho hombres útiles para la sociedad.

No olvidemos que la juventud es la preparación de la vida. Luz pedía Ajax para combatir: en plena luz está el joven, y si no triunfa con ella, no cuente con la victoria cuando vengan las sombras de la tarde.—Los quehaceres de la vida práctica, el mismo hábito de la futilidad de ocupaciones acostumbrada en la primera edad,—harán muy difícil la instauración de la vida literaria, sin contar, amigos míos, con que el carácter habrá llegado á praarticip

de la misma versátil insustancialidad de nuestros estudios, y menoscabada la perfección del carácter, hemos menoscabado la perfección y belleza de la vida moral.

El desorden trae la difusión de los conocimientos intelectuales;—se adquieren noticias dispersas que no pueden constituir el vigor de la inteligencia sino la insustancialidad de una especie de índice descarnado é inconexo. La unidad del estudio nace de su preparación gradual y de su acción continua dentro de un círculo homogéneo: de este modo llega á poseer el hombre de estudio un itinerario cierto en el orden de sus conocimientos, y en cada uno de ellos la lúcida conciencia de la verdad, y una norma segura y eficaz para la acción.

La vida intelectual es vida de sacrificio, ciertamente. Eso de cerrar el paso á nuestra curiosidad y circunscribir la tarea á profundizar una materia, es obra que requiere dominio sobre nosotros mismos. Hay ocasiones en que el estudio, por más que sea grata ocupación del alma, nos fatiga, y necesitamos esforzarnos para continuarle: al fin, el estudio es trabajo humano y lleva consigo el peso de dolor que grava los actos del hombre.

Nosotros que vivimos de esperanzas, consolémonos con una inefable consolación: tras esta penosa ciencia humana, apagado este cuchicheo de voces que, desde el principio del mundo, viene hablando revelaciones dispersas de una ciencia apenas adivinada, en el silencio de una arrobada contemplación, entenderémos lo hoy ininteligible, y amaremos, de modo que el amor y el conocimiento se fundan en uno, y perdamos ya, inebriados, la facultad de esperar; porque la esperanza acaba donde empieza Dios.

Yo, amigos míos, creo en Dios como vosotros, y por esto os cito para ante Él; y he mentado su santo nombre, porque creo que, después del varón justo, á nadie puede hablarse de Dios con más congruencia, como al hombre que lleva vida intelectual, vida en la que cada idea suscita á Dios como origen, y arrastra á Dios como á término de las ansiedades del espíritu.

Entretanto, no olvidemos que aun vagamos en campos ingratos que no siempre nos darán ni aun lo que sembremos.

La vida es sacrificio para ser preparación; labor sobre nosotros mismos; peligrosa ciencia de amor y conocimiento, en la que tenemos al corazón y á la inteligencia como perpetuos rebeldes aprendices. Recibamos la vida como nos es deparada, y pongamos en ella los medios que, para que la hagamos racional, nos ha dado el Cielo.

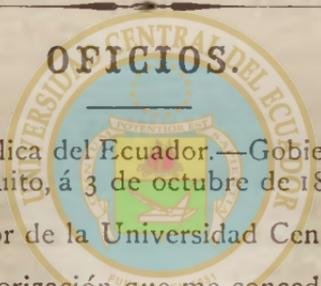
Vuestra es la preparación de vuestra suerte y la de la Patria, os lo repetiré. Ninguno de vosotros tiene derecho á creer que no está llamado á algún gran designio providencial en la vida. No sabéis cuál sea, pero debéis estar listos para cumplirlo y responder á Dios cuando Él os llame para sus obras. Los días son breves dones que hay que aprovechar con presteza y agradecimiento. Aprovechadlos para la perfección y embellecimiento de vuestro corazón y de vuestra inteligencia, gratísima tarea en

esta vida en que tantas vulgaridades y tantos crímenes afligen á nuestro espíritu naturalmente noble como venido de Dios.

*Percunt et imputantur*,—"pasan fugaces y os serán tomadas en cuenta"—es la inscripción que tiene el reloj de un Colegio de Oxford,—hermoso aviso puesto para lectura de los jóvenes, que juegan con las horas como un niño con flores, cuyo perfume goza, cuyos pétalos deshojados estruja con indolencia, porque juzga que son inmortales los jardines por donde discurre.

*Percunt et imputantur*, es también la voz con que os saludo, amigos míos, al despedirme de vosotros en esta hora en que dais principio á las tareas del presente curso escolar. Dios haga que, al clausurarlo otra vez, os goceis en lo secreto de vuestra conciencia porque en algunas de esas horas hubieseis logrado un generoso triunfo sobre vuestro corazón, hubieseis atesorado una noble idea para vuestra inteligencia.

Quito, 1º de octubre de 1888.



OFICIOS.

Nº 219.—República del Ecuador.—Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis.—Quito, á 3 de octubre de 1888.

Señor Vicerrector de la Universidad Central.

En uso de la autorización que me concede la Ley, he tenido por bien pasar el nombramiento de Profesor de Religión en esta Universidad al R. P. F. José M. Aguirre de la Orden de San Francisco, y le he recomendado se ponga de acuerdo con US. para la determinación de los días y horas en que deba dar las lecciones, así como la designación de la renta.

Dios guarde á US.

† JOSÉ IGNACIO,  
ARZOBISPO.

República del Ecuador.—Rectorado de la Universidad Central.—Quito, octubre 4 de 1888.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo.

Por el estimado oficio que Su Señoría Ilustrísima se ha servido enviarme ayer, quedo impuesto del acertado y laudable nombramiento de Profesor de Religión, hecho por Su Señoría Ilustrísima, en la persona del R. P. F. José María Aguirre de la Orden de San Francisco. Tan luego que el H. Consejo General de Instrucción Pública organice la Facultad de Filosofía y Literatura y reglamente su enseñanza, con arreglo á lo dispuesto en el art. 6º